

Joan d'Arquer, párroco de Caldes, relata su experiencia junto a la comunidad cristiana no oficial de Shangai y la Mongolia Interior

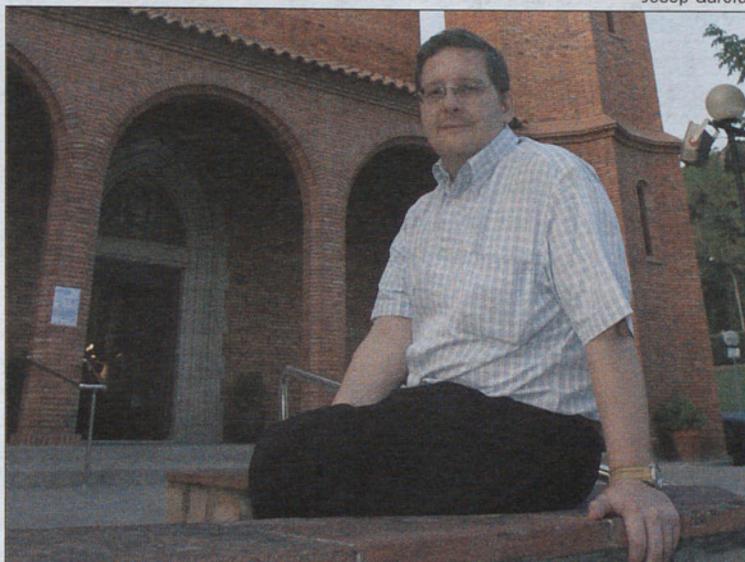
Ser cristiano (y clandestino) en China

JAUME RIBELL

Clandestino: ese es el nombre que llevaba el celebrado primer disco en solitario que publicó el músico Manu Chao. En la letra de la canción que da título al álbum, el cantante repasaba las diversas etnias y condiciones sociales que convertían a alguien en un clandestino dentro de nuestra sociedad. Desde peruanos a bolivianos, pasando por sin papeles de todo tipo. Lo que no aparecían, claro, eran cristianos. ¿Dónde podría ser clandestino un cristiano aparte de en la antigua Roma? Pues en la (cada día menos) comunista República Popular China. Una China que, si bien abraza cada vez con más cariño la fe del liberalismo capitalista, sigue manteniendo un férreo control sobre la libertad de pensamiento de sus ciudadanos. Ésta es al menos la sensación que se llevó de allí mosén Joan d'Arquer, párroco de Caldes, quien este verano viajó hasta China junto a una familia catalana para conocer en primera persona la realidad de los que profesan la fe cristiana en un país donde ir en contra de lo establecido es pecado. Éste es el relato de su experiencia.

EN EL ANONIMATO

Antes que nada, una aclaración: no es que todos los cristianos sean proscritos en China. Existe una facción de la iglesia cristiana que sí es aceptada por el gobierno del presidente Hu Jintao. Pero es una adaptación autóctona del ideario cristiano, reconocida por el Vaticano, pero adaptada a los intereses del Partido Comunista único. Por lo que "no hay relación directa entre los obispos y el Santo Padre, porque en medio siempre se sitúa el gobierno". Por ello, los que profesan la fe católica (y apostólica y romana), no tienen otro remedio que llevar sus creencias en el más íntimo de los secretos. "No puedo decir ningún nombre propio ni del de ninguna de las ciudades por las que estuvimos, porque si esta información pudiera de alguna forma llegar hasta allí, tendrían muchos problemas", advierte mosén d'Arquer antes de empezar su relato. Es por eso que no reproduciremos ninguna referencia reconocible excepto una: Shangai, una megalópolis de 20



Mosén d'Arquer, aquí ante su nueva parroquia de Palau-Solità, pasó el mes de agosto entre los cristianos clandestinos de la República China.

millones de habitantes que, como indica el párroco, "es suficientemente inmensa como para poder esconderse en ella y pasar desapercibido". De hecho, según afirma, ésa es una de las dos únicas formas de ser católico en la clandestinidad en China: o confundiendo entre el anonimato de la metrópolis, "o bien yendo a zonas muy rurales y bien apartadas de todo, donde apenas lleve la policía".

Él estuvo en ambos sitios. Y no estuvo solo: viajó junto a la familia Cardona, una familia de Caldes que colaboró con él para ayudar a

un cura chino que viajó hasta aquí para curarse un cáncer. Ahí empezó todo...

CURAS FICHADOS

Corría el curso 2005/2006: a un cura chino le fue diagnosticado un cáncer, y como allí no se lo podían tratar, decidió venir a Catalunya. Luego resultó que le habían diagnosticado mal y que, por suerte, lo suyo no era más que una diabetes mal tratada. Pero sirvió para poder salir del país, ya que como relata d'Arquer: "Muchos de los curas clan-

destinos están fichados por el gobierno, que no les permite cruzar la frontera". Sólo los más jóvenes, "los que no tienen fichados", pueden conseguir el pasaporte. De hecho esa es la fórmula que utilizan muchos para venir a formarse aquí: "Allí tienen seminarios, pero en pésimas condiciones. Los que viven en una gran ciudad pueden utilizar un piso, pero los que viven en zonas rurales en muchos casos deben reunirse en cuevas".

Por ello, mientras no están fichados, muchos aprovechan para venir a países "donde la lengua sea fácil de aprender, como España, Italia o Francia", a formarse como párrocos.

En el caso del cura enfermo, pasó todo un curso en Caldes. Y fue a través de la amistad que se entabló durante ese período que d'Arquer y la familia Cardona empezaron a plantearse viajar a China para conocer de primera mano esa realidad, siempre con ese cura y la persona que les hacía de intérprete como guías. "Durante todo el curso 2006/2007 estuvimos trabajando en la idea, y por fin este verano hemos podido ir". Fue en agosto, y estuvieron un mes. Tiempo más que suficiente para conocer las dos realidades de la clandestinidad católica: la urbana y la rural.

PAGAR PARA BENDECIR LA MESA

En el primer caso, como decimos, el destino elegido fue Shangai, donde conocieron a unos 40 católicos que celebraban las misas en pisos, "siempre llegando en grupos de 2 ó 3 personas para no llamar la atención, y con una persona vigilando en la puerta para saber quién llamaba". Si bien el entorno de la gran ciudad permitía ejercer la cristianidad con relativa tranquilidad: "Los cristianos de las zonas rurales son gente muy pobre, que vive de sus dos vacas y su tomatara. Pero en la ciudad suelen ser gente más bien de dinero, empresarios con una empresa familiar, que pueden permitirse ciertos lujos". Como por ejemplo, el de hacer cerrar el reservado de un restaurante caro para poder bendecir la mesa. "Me dijo que si quería bendecirla. Y yo sufría porque pensaba, ¿qué pasará si nos delatan? Porque veías por ahí a las camareras del restaurante mirando. Pero el encargado de organizar la cena me decía: tranquilo, que ya me he encargado de que nadie hable...". O como se dice en estos casos, pagant Sant Pere canta. Y es que en Shangai, tener una empresa familiar significa "tener una empresa de 100 trabajadores, no una de 3 ó 4 como aquí". Por eso algunos católicos clandestinos de la gran metrópolis pueden permitirse el lujo de realizar misas en pisos situados justo al lado de una comisaría, como vivió d'Arquer: "Un piso donde

13 millones en un país de 1.300

Es esta la estimación del total de cristianos católicos que hay en China: 13 millones. Una cifra insignificante si tenemos en cuenta que la población del país supera ya con creces los (redondeando) 1.300 millones de personas. Y más aún, si tenemos en cuenta que de ese mísero 1% del total, 10 millones pertenecen a la iglesia oficial y tan sólo tres a la clandestina. De hecho, las creencias religiosas en general tienen muy poco peso: sólo 100 millones de chinos profesan alguna fe, mayoritariamente la taoísta o la budista. Y se estima que no hay más de 300.000 clérigos profesionales, 85.000 templos de culto, 3.000 organizaciones religiosas y 74 escuelas confesionales. Y es que como indica mosén d'Arquer, en un sistema totalitario como el chino, la diversidad de opiniones y cultos brillan por su ausencia: "Baste la televisión como ejemplo: de 40 canales que hay, uno es 24 horas para niños, otro 24 horas de temática militar, y los 38 restantes emiten todos el mismo informativo. La manipulación es total".